

Estefanía iba envuelta hasta los ojos, y en las silenciosas calles solo se oía el compasado rumor de los pasitos de Estefanía y el de los tacones del coronel, que no parecía muy acostumbrado á cargar maletas, porque descansaba y tomaba alinnto en cada esquina.

Recorrieron las calles de Tacuba, Vergara y el Teatro Principal, hasta llegar á la casa de Diligencias, en cuya calle aparecieron dos coches sin mulas todavía.

Sentáronse Salomé y Sotomayor en el dintel de una puerta, pero á poco rato salió un opaco reflejo de luz por la puerta de una de esas fonditas oscuras y misteriosas que hay en esa calle. Sotomayor mandó hacer chocolate y un momento despues lo tomaba en compañía de Estefanía que empezaba á hacer el papel de su señora desde aquel momento.

Se abrió sin ruido la puerta de la casa de Diligencias fueron llegando uno á uno los pasajeros de los dos carrajes que se detenian á las cercanías de los vehículos, como midienco cada quien la resistencia de sus huesos en la larga travesía que se veian obligados á hacer dentro de aquellos beneméritos cajones.

Estefanía y Sotomayor fueron los primeros en acomodarse.

Empezaron á sonar las cadenas de la covacha y de los tiros, y á oirse el chasquido de las herraduras de las mulas en el empedrado.

Poco á poco fué llenándose la diligencia, hasta que llegó el momento decisivo, y tronando el látigo, partieron las mulas, tirando aquella mole, y produciendo un ruido que sirve á muchss vecinos en un gran perímetro de la ciudad, para saber la hora que es.

## CAPITULO XXVI.



EDIARON varias explicaciones entre Lola y D. Manuel, y entre D. Manuel y Zubieta; pero ninguna de ellas llegó á tener para D. Manuel el poder suficiente para librarlo del tormento de sus celos. Por el contrario, él solo se habia reducido á una situacion todavía mas embarazosa que la primera.

Habia tenido que probar plenamente que con respecto á Zubieta, y sobre todo, á Lola, se encontraba completamente tranquilo.

—Pues no faltaba mas, decia D. Manuel, sino que me atreviera á desconfiar de un amigo tan leal y tan caballeroso como vd., D. Pepe, ¡qué disparate! en todo caso, le conozco á vd. como á mis manos, y sé bien á quién recibo en mi casa.

Ahora, en cuanto á Lola, Lola es un dechado de virtudes, Lola es incapaz de faltarme ni con el pensamiento. Ah! si todas las mujeres fueran como Lola, el mundo caminaria de otro modo.

Con estas ó parecidas razones, terminaba siempre cualquier tropiezo en la marcha amistosa de aquellos tres personajes.

Zubieta por su parte, no cesaba de decirle á Lola, de decirse á sí mismo lo siguiente:

—Yo enamorar á Lola! Lola es una niña, es una niña que tiene su mérito, y que vale mucho, tanto que no me parecería remoto que inspirara todavía una pasión; pero por otra parte, Lola no es precisamente mi tipo, yo gusto de las mujeres un poco mas..... pues, un poco menos..... quiere decir..... eso sería un disparate, y en circunstancias en que el marido hace de mí una confianza, ¿confianza? no, precisamente en cuanto á confianza no estamos muy de acuerdo, y tengo estos datos el día de Córpus, el último día de Córpus D. Manuel ha estado visiblemente contrariado: Tan luego como la casualidad, porque fué la casualidad, me colocó junto á Lola en la mesa, adios marido! empezó á poner cara de tal, no co

me, fingía sonreirme, estaba violento, se lo notó Lucesita; en fin, el hombre estaba desconfiando.

El, por supuesto, que se llena la boca con decir: Zubieta es un amigo leal, y Zubieta es un caballero; pero no quisiera reventar con lo que le queda dentro, y..... francamente, desde que yo veo al marido celoso, me parece que corro un riesgo inminente. Entonces es cuando yo encuentro que la pobre de Lola se queda en el aire, y entonces es cuando mi caballerosidad raya en heroísmo.

Por lo visto, decimos nosotros, aquellos tres personajes estaban representando cada uno un papel muy difícil de sostener, y cuyo desenlace debe interesar á todo aquel que fije la vista en el matrimonio.

Debemos, por lo tanto, detener un poco nuestra atención, y estudiar á estos tres personajes, víctimas de la desgracia.

Lola tenia todo lo que puede constituir una mujer honrada, una buena esposa; tenia moralidad, amor, educación y orgullo.

D. Manuel era un buen hombre en toda la acepción de la palabra: trabajador, sóbrio, arreglado, metódico, económico, y hasta campechano; era además caritativo, y en una palabra, honradote. No era muy buen mozo, Lola le habia notado ser un poco caído de hombros, tenia las manos y los piés grandes, y era mas moreno que lo que Lola hubiera soñado en materia de color local para un amante *ad hoc*, y hasta para padre de sus hijos.

En cuanto á Zubieta, era un buen sugeto, como sabe,

mos ya, no era ni pillito, ni mucho menos uno de esos atrevidos que osan ajar flores, ni meter hoz en mies ajenas; ni nada de eso, por el contrario, Zubieta era hombre que sabia á qué atenerse en materia de moralidad y buena conducta, conocia toda la gravedad del asunto que maneja, aun á sabiendas de que tenia su alma en su almarino, y de que no obstante los cuarenta y siete y la respetable calva que lucía, su corazón latía en regla y no se le despegaba tal cual suspiro *Abelardesco*, ó tal cual flor bien matizada.

Y no obstante aquello, andaba mal el pedestal de aquellas honras; solia tambalear; con una lágrima femenil, con un rugido marital, ó con una terneza insidiosa.

Este estado moral estuvo naciendo de sí mismo, viviendo de sí mismo por espacio de mucho tiempo.

Por ejemplo: cesaba la tormenta, se tranquilizaba D. Manuel, recobraba esperanzas Lola, perdía terreno Zubieta y soplabá por lo visto, el viento de la felicidad conyugal.

Todo iba á pedir de boca.

D. Manuel se ponía sedoso y dulce.

Lola se ponía legítimamente tranquila.

Zubieta dejaba de ir una tarde, en la que devoraba su mal humor en la Alameda.

Pero de repente le picaba algo á D. Manuel, y tornaba á ser hosco, y luego nimio, y por último, ridículo; se ponía á analizar cualquier circunstancia casual.

Por ejemplo esta:

Una noche departía con su mujer á quien acababa de traerle un cucurucho lleno de castañas cubiertas.

Lola estaba partiendo una castaña para darle á D. Manuel un pedacito en la boca, cuando de repente sonó un organito en la calle: D. Manuel soltó el pedacito de castaña, y de un salto se plantó en el balcon.

—Qué sucedió? gritó Lola asustada.

D. Manuel abrió la vidriera, clavó la vista en el italiano del órgano, medio bufó y movió la cabeza como mirando á aquel siniestro avisador.

El italiano creyó que su sonata estaba siendo del agrado de aquel señor, que se serenaba en cambio de los alidos del organito, y aquel dilettanti callejero, por un exeso de coquetería, movía el resorte y le aplicó el trémolo á su sonata, que era un trozo de Nabuco que han oido un millon de veces los doscientos mil habitantes de la capital.

—Trémolo! murmuró trémulo D. Manuel, devorando con su mirada la calle, pareciéndole que en cada transeunte sorprendía á Zubieta.

Después del primer da capo, el italiano notó que D. Manuel no hacia movimiento para dar propina.

—*Odi, vedi é taci se vuoi avere in pace*, dijo para sí el italiano, avanzando dos pasos en direccion de D. Manuel sin dejar por eso de voltear la ciguñuela.

Y aquí fué donde D. Manuel perdió los estribos.

—Esta música es para acá, es claro, Zubieta no ha venido, yo debia haber salido, Lola se ha quedado sen-

tada, cuando lo natural hubiera sido asomarse conmigo á oír la música; pero el pecado acusa; apuesto á que está temblando de emoción: pillé la prueba, esto es horrible! infame!

Volvióse á la sala D. Manuel, clavó en Lola una mirada de tigre de Bengala, se acercó, clavó de nuevo la vista en el prendedor que Lola tenía en el pecho, para calcular por sus oscilaciones el grado de emoción en que Lola se encontraba.

El prendedor oscilaba con un movimiento que á D. Manuel le pareció de cien pulsaciones por minuto; hubiera querido tomarle el pulso á su mujer, pero no había necesidad.

D. Manuel estaba pálido de furor, se puso el dedo en la boca, entró á la recámara, tomó su capa y su sombrero, y se salió á la calle.

Lola no se movió.

Oyó los pasos de su marido por el corredor, luego por la escalera, luego por el patio, y por fin se perdieron.

El balcon se quedó abierto; á Lola le pareció que no debía cerrarlo ni abrirlo; mas, ni asomarse, ni moverse, ni reírse, ni llorar. Lola se quedó estática.

No había tenido tiempo de pensar en lo que le estaba pasando, cuando entró Zubieta.

—Zubieta, dijo Lola estremeciéndose.

—Qué criatura, por qué se asusta vd?

—Yo..... Zubieta!

—Qué pasa? qué es esto?

—Estaba vd. ahí?

—Dónde?

—En casa.

—No.

—Llega vd. ahora?

—En este momento, por qué?

—Encontró vd. á mi marido?

—No.

—Acaba de salir.

—Me necesitaba?

—No.

—Entonces.....?

—Zubieta!

—Qué, qué sucede aquí por fin?

—Váyase vd.

—Irme!

—Sí.

—Pero criatura, explíquese vd.

—Mi marido está furioso.

—Por qué?

—No sé.

—Y por eso he de irme?

—Qué será bueno hacer?

—En todo caso, serenarse, porque esa emoción se presentaría.....

—Es cierto.

—Por fin, me voy?

—No, quédese vd.

—Vamos, esa es ya otra cosa, al menos podremos hablar; cuénteme vd. criatura, qué ha sucedido, y sobre todo, deme vd. la mano, porque no nos hemos saludado.

—Cómo le va á vd? dijo Lola, dejando escapar en medio de la angustia de su situacion, una sonrisa.

En seguida le contó á Zubieta al pié de la letra, lo que acababa de pasar.

Reinó en la sala un largo silencio.

—Qué piensa vd., Zubieta? dijo por fin Lola.

—Pienso, criatura, en que este negocio es muy grave y en que cada uno de nosotros está aceptando indispensablemente un papel de muy difícil ejecucion. Los celos, hija mia, es la mas estúpida de las pasiones, y la mas fecunda que yo conozco en materia de situaciones originales.

Crea vd. que por mi parte, estoy dispuesto á sacrificarme por la tranquilidad de vd., porque mi cariño es tan sincero y tan profundo, que si á costa de mí mismo pudiera volvérselo á su marido de vd. la confianza que ha perdido, me sacrificaria gustoso, sin aspirar siquiera ni á que vd. pudiera medir mi sacrificio; pero como vd. ha visto, estoy en una posicion en que es tanto mas difícil acertar, cuanto que el juez á quien tendria que someterme, empieza por perder el sentido comun.

Veo con profundo sentimiento, que no ha bastado ni mi lealtad, ni las protestas mas sinceras, ni aun los hechos mismos.

Para mí tengo solamente cuánto vale mi abnegacion;

pero á medida que me empeño mas en guardar un equilibrio tan difícil, cuanto penoso para mí, veo con profunda pena que todo se estrella ante una manía que tiene el funesto poder de hacer de lo negro blanco, y de lo blanco negro.

Mi primera proposicion, repetida lealmente cuantas veces ha sido necesario, ha sido la de retirarme resueltamente, y siempre he obtenido por parte de D. Manuel, no solo las mas cumplidas satisfacciones, sino la súplica de que no dé yo lugar con mi separacion á que el público me atribuya una derrota vergonzosa, en la que seria tan odioso vindicarme, cuanto suponerla cierta.

Por otra parte, y en esto, criatura, no obro sino conforme á mi conciencia de hombre honrado. Antes la estimaba á vd. porque conocia cuánto vale. Antes..... sí, debo decirlo para ser consecuente con mi plan de lealtad; ántes no tenia nada por vd., ni por mí mismo..... hoy.....

—No siga vd., Zubieta.

Una mirada terminó la frase.

Entre los ojos de Zubieta y de Lola, surgió una historia que no hubiera podido leer nadie, ni mucho menos oír, aun suponiendo que hubiera alguno que escuchara aquella conversacion.

—Puede ya, sin esponernos, prolongarse por mas tiempo esta situacion, cuando esta y otras circunstancias parecidas á la presente, estarán sin cesar obligándonos á romper un dia con todo miramiento?

Todo, criatura, todo en la sabia armonía del mundo,

propende á guardar las leyes generales á que están sujetas la materia y el espíritu incesantemente.

Si vd. amara y fuera amada en la plenitud del mas perfecto idealismo, si en espíritu estuviera vd. adherida por su mision á formar solo la mitad de un ser esclavo, que no existiria vd. para mí, es claro que no sospecharia mos siquiera ninguna homogeneidad entre nosotros, y vd., espíritu de otra encarnacion perfecta, seria intrasmisible hasta en idea.

Pero el peligro de nuestra situacion consiste en que todo propende á su centro, y en que ese fluido magnético que circunda al mundo y que á veces se llama amor, cumple eternamente su mision de unir.

Vea vd., Lola, voy á hacer una comparacion:

Una flor es una criatura perfecta que cumple su mision de vida obedeciendo con placer á la ley que le manda crear, abrirse, dar su aroma, fecundarse y morir.

Todos los consorcios realizados en la naturaleza orgánica, deben por ley irrevocable ser perfectos.

De la misma manera deben verificarse todos los consorcios morales en el órden intelectual.

En cada cuerpo entra la cantidad de elementos matemáticamente indispensables para que su existencia sea perfecta.

Así se forma el agua y el fuego, las flores y todo lo que es el resultado de uniones prescritas por la sabiduría infinita.

Una flor no puede guardarse su aroma, lo tiene para

el aire y por el aire, qué haria la flor si no tuviera el aire á quien dar su aroma.

—Se moriria, contestó Lola maquinalmente.

Al llegar á este punto, fué solo cuando Zubieta comprendió cuán lejos habia ido.

Lola tambien lo comprendió, y hubiera querido retirar su frase, ni mas ni menos que el dictámen de una comision, pero ya estaba dicha, y Lola se contentó con bajar los ojos.

—Hace mucho tiempo, continuó Zubieta, estoy persuadido de esta gran verdad.

—Solo la union moral preserva al matrimonio, la union por razones puramente del órden material es imperfecta, en cuanto á que el espíritu es inseparable de la materia.

Hé aquí la gran dificultad del perfecto consorcio y el origen de tan repetidos infortunios.

## CAPITULO XXVII.

**Q**UELLA noche iba á ser fecunda en emociones. Esperábase al marido de un momento á otro, y á juzgar por el arranque que habia tenido, no estaba en situacion moral muy á propósito para entrar en razon.

—Qué hacemos? preguntó Lola.

—Qué hemos de hacer, contestó Zubieta, esperar tranquilamente á D. Manuel.

—Dios me libre, se va á armar una.

—Que se arme.

—Eso dice vd?

—Es natural.

—Por qué?

—Porque huir seria hacerme delincuente, seria la corroboracion de sus sospechas.

—Pero por otra parte, objetó Lola, cómo le podriamos probar que el organito ha sido una coincidencia casual?

—Es muy sencillo, yo me encargo de eso.

—Temo que no vaya vd. á tener la calma necesaria para rebatirle, y.....

Tendré toda la calma que sea necesaria, y sobre todo, cuando todo lo que en este particular haga yo, nunca será con mas espíritu, que el de reconciliar los ánimos y procurar á toda costa la tranquilidad y la paz en esta casa.

—Así lo creo, Zubieta, y se lo agradezco á vd. infinitamente; pero temo que todos sus esfuerzos de vd. se estrellen ante la obstinacion incomprensible de mi marido.

Estoy convencido de que una vez rotos en el matrimonio ciertos eslabones, estos no se pueden soldar, y veo con una tristeza profunda, que cada paso que mi marido da en la senda que se ha propuesto seguir, lo aleja mas y mas de mi cariño.

No habian dado las diez cuando se presentó D. Manuel.

Saludó á Zubieta con visible desagrado, no le habló á Lola y entró á su recámara.

Pasó un largo rato, al cabo del cual D. Manuel vino á sentarse en uno de los sillones de la sala frente á Zubieta.

Trascurrió otro largo rato de silencio; pero Zubieta fué quien se decidió á romperlo.

—Qué tiene vd., D. Manuel?

—Nada, por qué?

—Le veo á vd. preocupado.

—Sí, es cierto, hay cosas que por mas que uno no quiera saber.

—Pues qué ha sabido vd?

—Nada, chismes, cosas que no valen la pena, pero que siempre molestan: figúrese vd. que Lucesita es una de las personas que se han empeñado en ocuparse de los asuntos privados de mi casa y toman la cuestion con un calor que no parece sino que es cosa que les incumbe directamente.

—Pues qué dicen, D. Manuel?

—Decian que vd., que si viene vd. todas las noches y que te fué y que vino, y que si yo, y que si pobre de mí, y luego que la pobre de Lola, y que se yo; es esa una jerga que no he acabado de comprender.

—Y vd. dá oídos á semejantes consejas? en todo caso, nadie mejor que vd. sabe á qué atenerse con respecto á las personas que lo rodean, pues supongo que las protestas de vd. en este asunto son enteramente sinceras.

—Ah! por supuesto, no hay que dudarle, pero por



otra parte, debe vd. convenir en que es muy molesto que las gentes estén pendientes de cuanto uno hace.

La situación en que como hemos visto ya, estaban colocados D. Manuel, Lola y Zubieta, era un verdadero callejón sin salida, en el que mientras más se tratara del asunto, más había de complicarse.

El delicado y grave asunto de las infidelidades conyugales, ha dado ocasión á ingenios muy superiores, á entrar en un mundo de consideraciones filosóficas, de las que unas veces nacen teorías más ó menos absurdas, ó conclusiones extravagantes: pero en lo que sí no cabe duda, y lo que nosotros aceptamos, como corolario, es en que todos los males que emanan de la falta de acuerdo en el matrimonio, son siempre gravemente trascendentales, y todos esos males tienen por origen la imperfección en la unión moral del matrimonio.

A medida que las sociedades se materializan, aumenta el número de víctimas conyugales. El inmoderado deseo del lujo y los placeres, las comodidades, y ese conjunto de oropes y aspiraciones á que se entregan las sociedades movidas al soplo de una civilización deslumbradora, van cegando de día en día las fuentes puras del idealismo, y agostando esas primeras flores del alma, cuyos aromas son esas virtudes de que se ríe el materialismo actual.

Por fortuna nuestra aun subsiste en México el *matrimonio de inclinación*, calificado de estúpida barrabaza-

da en sociedades que se reputan más adelantadas que la nuestra.

Pero lejos de imitar á los que *contratan mujer y ajustan matrimonio*, nos place conservar siquiera respeto por el matrimonio por amor, porque solo en la unión moral perfecta encontramos que puede garantizarse la felicidad conyugal.

La elección: hé aquí el primer tropiezo y la más grave de las dificultades con que empiezan á luchar los contrayentes.

¿Qué novio no cree haber sido maestro en la elección? ¿qué desposado no está orgulloso de su conquista?

Pero al mismo tiempo, cuántos son los que no creen haber ahogado en su matrimonio una ilusión ó una esperanza.

Sentid un día en vuestro corazón ese divino estremecimiento de amor que se parece á esas oscilaciones espontáneas de las flores, cuando tal vez al abrirse han experimentado todo el placer de vivir; leed en medio de ese rayo fulgurado de vuestra alma á merced del nuevo soplo de vida que recibis, leed en unos ojos que destellan la refulgente promesa de un amor que es lampo, que es aurora, que es luz de un mundo superior, adivinad todo esto en una mujer á quien haceis ángel, en un ser que imagináis ser el único en la creación, dueño de vuestra ventura, única felicidad; temblad, y en el fluido de vuestra mirada irán no sabemos qué átomos invisibles que van á mezclarse en los effuvios de vuestra aparición, de

al cuerpo sabido que es un cuerpo que no tiene  
vuestro foco de dicha encarnado en una criatura hechice-  
ra, sentid que vuestra alma vuela hacia ese universo que  
os atrae y que os endiosa.

Entonces sentireis como otro fluido que tambien se des-  
borda y vuela hacia vos, trae no sabemos qué moléculas  
invisibles que vienen á apoderarse de los efluvios de vues-  
tra alma.

Entonces os sentís multiplicado por vos mismo, vivís  
con el crecimiento, y centuplicando vuestro poder vital,  
habeis sentido vuestro espíritu engrandecerse, al percibir  
una perfectibilidad moral cuya existencia ignorábais.

Concentraos en seguida en aquel solo sér que estais  
destinado á adorar, consideradle como la fuente inagota-  
ble de vuestra dicha, y amad, amad como se ama á los  
veinte años, con la fé del mártir, con el entusiasmo del  
poeta, con la poesía del ángel, amad anegándoos en una  
felicidad mas grande, cuanto mas inmaterial, mas em-  
briagadora, mientras mas casta; os sentireis dueño del  
mundo, en fin, como si todo el mundo estuviera lleno de  
amor.

El amor que os dan, es el primer amor; el amor de una  
vírgen tan tierna como casta, y pura como los ángeles.

Vuestro espíritu y el de vuestro ángel son una sola  
llama; vuestro amor una sola luz.

Seguid levantando los ojos en vuestra dulcísima misti-  
ficacion, y no veais que á vuestros piés está la carne,  
y que os habeis arrodillado sobre un nido de culébras.

Seguid, y cada uno de los detalles de vuestros amores

irán nublando la primera irradiacion de vuestro espíritu,  
y en cada paso que dareis en la senda de vuestros amo-  
res, irán poniéndoos en contacto con el mundo material  
que os acecha y que os arrastra á su prosa, y á medida  
que vuestro primitivo entusiasmo os impulse hacia arri-  
ba, tendrá necesidad de descender de vuestras alturas,  
hasta tener que pagar con centavos á los que van á per-  
mitiros que seais feliz. Admitirán todos los que os ro-  
dean las locuras de vuestro entusiasmo, y la poesía de  
vuestros amores solo como el primer capítulo de vuestra  
obra, y os urgirán porque continúeis, porque todos quie-  
ren que llegueis al fin de una historia que nada les im-  
porta, y desde que os veis rodeado de vuestros parientes  
y urgido por las consideraciones sociales á hacer lo que  
todos hacen y lo que han hecho todos los que os han  
precedido en el uso de su propia felicidad, ya no tendrán  
tiempo sino de ocuparos en una tramitacion embarazosa,  
y vacilais aún, lleno de sublime amor, en si compraréis  
dos sartenes, ó si vuestra presunta esposa necesitará olles  
de fierro estafiado, interrumpirá la mas brillante de vues-  
tras elucubraciones amorosas; la costurera que os con-  
sulta un dobladillo y el tapicero que pregunta cuántas  
camas necesitais; hay quien os ofresca cuna, pero vues-  
tra suegra se opone á la compra sin dar sus razones; se  
rien en vuestras barbas vuestros amigos solterones, y no-  
tais un cambio incomprensible en cada fisonomía. No os  
ocurre consultar á nadie si os casareis, porque ya lo ha-  
beis decidido; pero todos se guardan de aconsejar á vd.  
que lo piense.

Como es muy natural, elogiareis á vuestra novia por vía de desahogo, y encontrareis la misma elac por todas partes.

Algunos zumbones os pondrán la mano en el hombro para deciros: «¡con qué te casas!» y estudiarán vuestra fisonomía cuando pronunciéis el sí que dareis á todos los que os lo pidan, y os ocupareis, en fin, de tantas cosas, que sin cesar vendrá á vuestra mente esta idea.

Se os figurará que habeis interrumpido una conversacion con vuestra novia, estareis procurando recordar á cada paso, qué cosa es lo que teniais que decirle, y de la que no podeis acordaros; os parecerá que habeis hablado poco con vuestra novia, porque han sido tantas las interrupciones y tantos los testigos, y habeis luchado con tantos pequeños contratiempos, que os parecerá que os falta algo.

Recordareis vuestro primer deslumbramiento, porque esa impresion no la olvidareis jamás, ni volveréis á sentirla y solo os consolareis con la idea de que pasadas las ceremonias, estareis horas enteras con vuestra mujer, solos, muy solos, sin nadie que os interrumpa, sin testigos importunos, y reservareis para entonces muchos pensamientos sueltos, muchas cosas que os habeis dejado en el tintero.

Por mas que os tardeis dos meses en preparar vuestro matrimonio, os parecerá que lo habeis hecho todo con precipitacion.

Por fin os casais.

La emocion os produce una especie de abrumamiento; pasais como sobre arenas por todos los trámites, y hay momentos en que en vez de pensar en el paso que vais á dar, os entreteneis en contar los botones del chaleco de un quídam, ú os distrae una labor del tapiz de la sala ó pensais en un detalle pueril mas de lo que en sí merece, pero sin poderlo remediar.

Pero en medio de todo, propendereis á llevar vuestro pensamiento á los primeros dias de amor, al primer instante, ese primer instante lo habeis estereotipado en vuestra alma, y todos vuestros sueños, y todas vuestras ilusiones, propenderán á parecerse á aquellos instantes, como si quisiérais soldar los dos eslabones de una cade no rota.

Os casais por fin.

Pero los dos eslabones siguen sin unirse; habeis tenido muchas visitas, se os han aglomerado vuestras atenciones, han continuado las interrupciones inoportunas.

Vos no lo sabeis, pero ha empezado á correrse el velo de un escrúpulo en vuestro primer deslumbramiento; tenéis cien horas de vida material, por un instante de idealismo.

El mundo no os deja poetizar, os interrumpe á cada paso; vuestra mujer siente todo esto, pero no se atreve á esplicároslo, porque le parece una cosa muy grave hablar de eso, y porque teme que interpreteis sus palabras.

Le haceis á vuestra mujer los últimos cumplimientos,

de que se reiría de buena gana un observador, y los dos eslabones siguen desunidos.

La prosa de los acontecimientos va gastando vuestro anhelo por idealizar, y ya os acordáis con menos frecuencia del primer día de amor.

El mundo acabará por bajaros completamente de vuestro pedestal.

Vos cumplireis con el mundo, y vestireis á vuestra mujer creándoos una situación ficticia, de un lazo que empieza á espantaros, y os decidís con energía á aceptar el papel de buen marido: sois puntual, sois sóbrio, sois metódico, no falta nada en vuestra casa.

Os seguís olvidando de los eslabones rotos, y como si de intento lo hiciérais, os acordáis de anudar ciertas conversaciones con vuestra mujer, precisamente cuando no estais solo con ella; despues os encontráis las visitas, los curiosos, los convidados y los parientes.

Nada de eslabones.

Os da por comer bien y por estar bien servido; os volvéis nimio, y os preocupa la salsera y la fuente, y el cubierto y las servilletas.

Cuanto tenéis en que pensar, vuestra vida sigue agitada á pesar de que ya se acabó el quehacer de la boda.

Pasan los meses, viene la primera enfermedad, os afectan, se afectan las visitas, teméis, y aplazáis la conversacion que tenías preparada acerca de las primeras impresiones y la cadena sigue rota.

Por último, pasa un año, tenéis mucha confianza ya

con vuestra mujer, y os empieza á parecer inoportuno hablar de lo primero, y lo que es mas, os tranquilizais con respecto á este punto, pensando en que vuestra mujer es tan buena mujer que no debéis calentarla la cabeza con esas cosas, porque al fin podian hacer un mal papel.

El día menos pensado exclamais:

—En fin, ha pasado ya la luna de miel, ya sé lo que es ser casado.

Vivis, vejtaís, y acabais por acostumbraros á todo.

Los eslabones no llegaron á unirse.

Despues..... navegais en la misma tabla que todos los maridos.

Es que al sentir el amor del primer día, abristeis la puerta del mundo espiritual y la dejásteis entreabierta para bajar al mundo de las necesidades materiales.

Lola y D. Manuel habian hecho otro tanto.

Estaban expuestos á ser muy desgraciados.

La opinion pública, ese Argos sempiterno, ese juez inexorable, que no sabe pronunciar mas que un solo fallo, habia lanzado su estigma sobre aquel matrimonio.....

## CAPITULO XXVII.

ADIOS.



N la banca del mundo todos los hombres somos jugadores inexpertos.

Afortunadamente, no hemos llegado á leer ni la primera letra de ese libro que se llama porvenir.

Esta ignorancia es la que incuba nuestras mas risueñas esperanzas.

Equivocarse: hé aquí nuestro gran consuelo: hé aquí la muestra palpable de una Providencia que vela por nosotros, y que le permite al reo de muerte prodigar sonrisas y forjar quimeras para mañana.

Si hubiéramos de saber á punto fijo lo que sucederá mañana, cuán desgraciados seríamos.

La sabiduría infinita ha detenido el vuelo de la ciencia humana, dejándola vivir solo de momento en momento para que el hombre ignore siempre su mañana, en cambio de saborear el necesario placer de la esperanza.

Ayer no sabíamos, como no lo sabe la hoja del árbol, que soplaría hoy un viento que nos había de arrebatar, desde el callado gabinete del novelista, hasta el Paquete inglés.

El mar está delante de nosotros, y nuestra mirada fluctúa entre esa inmensidad que nos fascina, y Gabriel el cerrajero que nos espera con su martillo en la mano.

Entre el mar y Gabriel están nuestros lectores, nuestros queridos lectores de dos años.

A vosotros nos dirigimos para haceros una confidencia, supuesto que sois amigos nuestros.

Vamos á cumplir con un deber que nos impone el corazón.

Este deber es decirnos adios.

Al comenzar á escribir el presente libro, nos propusimos tratar en él dos cuestiones importantes: la una era la felicidad conyugal; la otra presentar el modelo del obrero.

Para dar cima á esta empresa, nos propusimos escribir dos tomos, y acaso ni esos dos tomos hubieran bastado á nuestra pobre pluma para desarrollar debidamente un plan semejante.

Festinar los acontecimientos, aglomerar los hechos, y escribir con la precipitación del que desea concluir, hubiera sido malograr el plan, mientras que por otra parte, dejar la obra en suspenso, no era tampoco conveniente. Era preciso, pues, optar por un medio y es el siguiente:

Dejaremos terminada la narración histórica de los sucesos; daremos el último toque á la acción dramática de la obra, quiere decir, sabrá el curioso lector *en qué pararon* sus personajes conocidos; pero en cuanto á la parte filosófica, no está en nuestra mano completarla, y nos conformamos con dejar iniciada la importante cuestión que fué nuestro tema, desprendiéndose naturalmente de los cuadros hasta aquí trazados; estas grandes verdades: el materialismo es enemigo del matrimonio, es necesario espiritualizar el amor so pena de descender al desacuerdo: el matrimonio contraído por medio de la unión moral perfecta es inespugnable.

No somos de los descreídos para quienes la felicidad conyugal es una quimera, y para los cuales no hay unión moral perfecta.

Esta unión puede existir siempre que la educación de los contrayentes los induzca á estudiar ese equilibrio delicado de las pasiones y los afectos entre dos individuos de contrario sexo.

Si bien lo analizamos, nada puede ser mas armónico que esa unión moral atendiendo á que si bien la mujer es un enigma viviente, en la variedad de sus prendas mo-

rales hay elementos indestructibles, hay debilidades que valen por toda la fuerza del hombre, y heroismos que valen por todas las vilezas.

Después de venir debatiéndose hace mucho tiempo la intrincada cuestión del matrimonio, hoy se llega como en el término de un viaje á estas soluciones terribles: la ley penal, el divorcio, el castigo sobre la desgracia, el escarmiento que á nadie aprovecha, el derecho ultrajado, la honra escarnecida, la justicia por mano propia, la deshonra por la honra, el deshonor por la venganza, y en ese dédalo del que difícilmente saldrán, ni la ley, ni la sociedad, nosotros nos habíamos remitido al origen de las cosas, para traer de allá una consecuencia saludable y sin necesidad de apelar á nuevas utopías que son emanadas, es cierto en lo general, por un noble arranque de indignación contra el crimen; somos de opinión que vale más prevenir que castigar, y que nada nuevo tenemos que inventar para cortar el cáncer social, sea cual fuere la forma en que se presente y el carácter que tome, supuesto que en materia de moral está dicha la última palabra.

Sentimos, por lo tanto, que este nuestro trabajo que creemos de alguna utilidad, sea interrumpido por un acontecimiento, por el cual esperamos habrán de felicitarse muchos de nuestros lectores.

En suma, el autor de la LINTERNA MÁGICA va á hacer un viaje, y como quiera que la pluma de FACUNDO ni se ha cansado, ni mucho menos se ha dado ya por sa-

tisfecha con solo siete libros al escribir el fin del Tomo 7º, y decir adiós á sus queridos lectores, les ofrece aun nuevos libros que seguirán y aun con variados colores, amenizando algunos ratos de solza.

Y como FACUNDO renuncia al placer de seros útil y agradable, y de entretener siquiera algunos ratos vuestra atención, os asegura que donde quiera que esté, se acordará que sus impresiones y sus sentimientos pertenecen á un círculo querido de amigos que durante dos años lo han acompañado en ese vasto campo de la idealidad y el pensamiento.

Si entre vosotros, lectores amigos, hubiera habido ya quien aproveche algunas de mis tendencias moralizadoras, ese bien fraternal de que he sido autor, es mi laurel, y ojalá que mis obras, escritas siempre por amor al bien, puedan enjugar alguna lágrima, enjendrar una esperanza, ó sembrar una noción provechosa. Tal es al menos mi tendencia, tales mis deseos más ardientes.

Pronto, muy pronto volveremos á estrechar nuestras relaciones de dos años, y será cuando os cuente lo que observe en otros países, cuando esté frente á otros hombres y estudie otras costumbres.

Viajareis conmigo, y os convencereis de que siempre agradecido á vuestra benevolencia, FACUNDO no os olvida.

Entre tanto, cumplamos con el deber de daros en un epílogo, la violenta conclusión de GABRIEL EL CERRAJERO.